CON BAROJA, SIN APERITIVO

Por MARINO GOMEZ SANTOS

Después de una corta ausencia llegamos a Madrid. Tenemos que visitar a don Pío Baroja, y no sabemos concretamente si le encontraremos en casa.

El novelista pensaba salir a pasear por el Retiro en cuanto mejorase el tiempo, y esta mañana de junio está ardiendo de sol por los cuatro costados.

La calle de Ruiz de Alarcón, pacífica y sombría, como si perteneciese a otro meridiano. Subí las escaleras de la casa del novelista. Llegué al cuarto piso y llamé en la puerta de la izquierda. No contestaba nadie, y volví a llamar. Apliqué el oído a la madera de la puerta: no se oía nada.

Unos pasos pausados, con el rumor de quien arrastra una alfombra. Ruido de cerrojos tremendos, de convento o de almacén de tejidos. Baroja aparece en la puerta con su aire de león manso, vestido con gabardina.

¡Hola, hola! Pase usted.

Ahora, en verano, el novelista recibe en el despacho-biblioteca, que está al lado de la puerta, y que no describo para no incurrir en el "descubrimiento" de la casa de don Pío, que ya el lector conoce por las repetidas descripciones de los jóvenes periodistas. Porque está comprobado que lo primero que hace un chico cuando viene de su pueblo es ir al café Gijón, y luego a casa de don Pío Baroja para hacerle una entrevista, en la que dice invariablemente que don Pío usa boina y manta a cuadros.

El novelista se tumbó en el sofá, a la derecha de la puerta.

—¡Qué demonio! ¡Debe de hacer un calor verdaderamente terrible! Y eso que esta casa es así como bastante fresca, y está todo cerrado, y uno ya no anda con tanta fibra como para sentir calor.

—¡Pues sí que hace calor, don Pío! Yo creí que no le iba a encontrar a usted en casa, porque me suponía que estaría paseando por el Retiro.

—Ca; no salgo de casa. Con el calor estornudo y me constipo con facilidad; con el frío me constipo también. Ya se ve que está uno para estar en casa encerrado, como un conejo sumiso. ¡Pchs! Además, que ya todo le da a uno lo mismo. Yo creo que de joven, y también de viejo anduve lo que tenía que andar; hurrené los lugares que me entusiasaban, como los barrios bajos de Madrid y de París...

—¿No le gustaría volver a París?

—¡Pchs! ¿A qué? Cuando yo fui todavía quedaba algo del París pobre, de calles estrechas que tenían casas ruinosas y buhardillas alumbradas con una luz pequeña atada con una cuerda. A mí me entusiasaba ese París de Víctor Hugo, tan misterioso y tan zarzapastoso; pero ahora me han dicho que

ya no tiene ningún interés, puesto que no existe casi nada de la parte antigua, y hasta hay policías que cuidan de los automóviles en las calles.

Con las manos enlazadas, puestas sobre el estómago, don Pío mira al techo y se queda callado, pensando quizá en sus años de hombre curioso que andaba por las orillas del Sena en busca de imágenes.

—Creo—dice por fin—que está muy grave Benavente. Se ve que los años no perdonan a nadie, por muy premio Nóbel y muy buen escritor que sea uno. Yo a Benavente le estimo, y siempre tuve con él una buena amistad. Recuerdo que cuando yo era crítico teatral de "El Globo" escribí algunas crónicas hablando de sus obras. Este Benavente fué un hombre que siempre podía contar con el aplauso de la gente elegante y así. Se llenaban los teatros de señoras guapas y de señoritas que miraban por unos lentes de nácar...

Otro silencio. Baroja se queda un momento vencido por sus pensamientos, por sus recuerdos.

—Benavente debe de tener así como diez años más que yo.

—Siete.

—¡Ah! ¿Siete, dice usted? Pues yo creía que tenía más. Bueno, que ochenta y ocho ¡ya son años! Yo le estimo a Benavente, aunque creo que hablé con él muy pocas veces...

Y luego, Baroja vuelve a su preocupación de siempre: la temperatura. En invierno, el frío, y, en verano, el calor; y, en todas las épocas, la escasez del Fanodormo, sin el que no puede dormir.

—Ahora me iré a un "chateau" francés, que es de un amigo de mi sobrino Julio. Creo que está en el campo, al sur de Francia. Antes pasaré seguramente una temporada en Vera. Allí estaré muy bien. Tengo muchos libros que compré en el Extranjero y aquí, en España, en las librerías de viejo. Ahora creo que tampoco hay libros que merezcan la pena en las librerías de viejo.

Llaman a la puerta. Abrimos. Es el cartero.

—Buenas tardes, don Pío. ¿Quiere

usted hacer el favor de firmar aquí?

—Pues bueno, como quiera usted.

Se levanta con pereza del sofá y va a la mesa grande. Se pone las gafas de ratón Mickey.

—¿Y dónde he de firmar?

El cartero señala con el dedo: "Aquí, don Pío". Firma el novelista y se va al cartero. Cerramos la puerta, y, al volver, don Pío lee en alta voz una carta: "Querido maestro: Estos días he leído "La busca"... Iré a visitarle a usted cuando vaya a Madrid..."

—¡Pchs! Este tío, que no sé quién es, me manda esta tarjetita para que escriba en ella un pensamiento y se lo mande. Yo no he visto cosa parecida... El otro día me mandaron dos señoritas unos abanicos para que escribiese también en ellos. A mí eso me parece una cosa pueril, que no va a ninguna parte. Con el pensamiento o lo que sea, el abanico debe incluso estropearse, porque las letras de un viejo no deben de ser precisamente decorativas.

Hablamos de muchas cosas. Don Pío pregunta si hay novedades literarias, y que personas destacan ahora en la literatura.

—Ese González-Ruano, amigo de usted, estuvo aquí la otra tarde. ¡Qué tío! Debe de ganar mucho dinero, porque me han dicho que escribe como seis o siete artículos diarios... Creo que yo no sabría escribir ni uno un poco original, que no se pareciese a los otros.

—González-Ruano va a publicar ahora una novela.

—¡Ah! ¿También novelas? ¡Qué bárbaro! Tiene una facilidad verdaderamente terrible... ¡Sí, sí; verdaderamente terrible! Y ese Cela, ¿ya vino de Canarias? Me han dicho que se ha dejado la barba y que se dedica a dárselas de original. Ahora dice que ha ganado mucho dinero en Venezuela. Yo no sé si eso será verdad. Unos amigos míos de allí me escribieron diciendo que este Cela había hablado allí muy mal de mí.

Y don Pío se ríe sinceramente, con esa indiferencia que da la veteranía.

A las seis de la tarde abandonamos la casa del novelista. Es la hora de la merienda de don Pío.

—Discúlpeme usted, pero voy a ver si la chica me ha dejado en la cocina el termo del té. Yo no le invito a usted porque no tengo más que una taza.

Y mientras nosotros salimos hacia la puerta, él va hacia la cocina en busca del termo del té, frotándose las manos, tarareando un zorrico. Está lleno de contento porque dentro de unos días volverá a su casa de Vera del Bidasoa, escenario de Zalacaín, rincón pacífico, donde piensa terminar una novela y recibir los primeros ejemplares de su nueva obra "Los contrabandistas vascos".